



emperador Federico, aquel cuyo nombre por haber perseguido á los pontífices romanos fué aborrecido en los siglos adelante y siempre tenido por infame. Su hijo Conrado, que le sucedió en sus estados, cuatro años adelante, como de Suevia hobiese pasado en Italia y en Sicilia, dió fin á sus dias de su muerte natural, ó lo que se dijo por la fama, con hierbas que le dió Manfredo, su hermano bastardo. Este, no obstante que el difunto nombró por su heredero á Conradino su hijo, habido en una hija del duque de Baviera, que por ser de pequeña edad le dejara en Suevia, provincia de Alemania; encendido en deseo de reinar, y no haciendo caso por su pequeña edad de su sobrino, se apoderó con las armas y por fuerza de Sicilia y del reino de Nápoles contra derecho y contra voluntad de los pontífices romanos, cuyo feudo eran aquellos reinos desde su primera institucion, y que por esta causa claramente amenazaban, si no desistia, le harian todo mal y daño; mas él no hacia caso ni se movia por estas palabras, ni temia las censuras eclesiásticas, ni aun hacia caso ni tenía cuenta con la fama que de sus cosas corria; el deseo que tenía de reinar lo atropellaba todo. Antes hizo guerra á Toscana, donde era grande el poder de los güelfos, parcialidad aficionada á los papas, de la cual provincia fácilmente vencidos los contrarios se apoderó.

Con estos principios y aumento las cosas de Manfredo se aseguraron de tal guisa que con dificultad se pudieran mudar en contrario, si el señorío y estado ganado por malas mañas pudiera ser duradero. Los papas intentaban todos los caminos para abatir aquel reino que contra justicia y contra razon se fundara. Enviaron predicadores por todas las partes que no cesaban de reprendelle en sus sermones como impío y enemigo de la religion cristiana. Poca ayuda tenia el papa en los demas principes, y poco le prestaban todas aquellas diligencias. Carlos, hermano legitimo de San Luis de Francia, y él por sí conde de Anjou y de la Proenza, fué convidado á pasar á Italia con esperanza que se le dió de hacelle rey de Sicilia. Manfredo avisado destas prácticas é intentos, y visto, si esto se hacia, cuán gran riesgo cor-

rian sus cosas, trataba para afirmarse de buscar socorros de todas partes, y porque los cercanos le faltaban, determinó acudir á los de léjos. En primer lugar, acometió á aliarse con D. Jaime, rey de Aragon, cuya fama de sus hazañas y la gloria de las cosas por él hechas, volaba de tiempo atras por todas partes. Parecióle para más obligalle trabar con él parentesco; ofreció á Constanza su hija para que se casase con D. Pedro, su hijo mayor y heredero; envió sobre el caso embajadores á Barcelona.

Al rey de Aragon no le parecia aquel partido de menospreciar, mayormente que con la doncella de presente le ofrecian de dote ciento veinte mil ducados, suma muy grande para aquel tiempo, demas de la esperanza cierta de heredar el reino de Sicilia y juntarle con el de Aragon, á causa que Manfredo no tenía hijos varones. Asentado el negocio y concertado, despachó en embajada al pontífice Alejandro, fray Raimundo de Peñafuerte, de la orden de Santo Domingo, varon prudente, erudito y santo, para que, con la mucha autoridad que tenía, reconciliase con el pontífice á Manfredo, y se compusiesen las diferencias pasadas. El pontífice no se movió por las palabras ni razones de fray Raimundo, ántes hizo grandes amenazas contra Manfredo. Cargóle que no sólo contra justicia tenía usurpados aquellos estados, sino que era bastardo y hombre impío: avisábale de muchos otros excesos, en particular que publicó fingidamente que era muerto Conradino, su sobrino: por engaño y por este camino, se apoderó del reino y tomó las armas contra la Iglesia «No se puede (dice) ni se debe conceder alguna cosa al que hace guerra y tiene empuñadas las armas: por ventura se podría condescender en algo, si con humildad rogase. Esto dirás á tu rey, y amonéstale de mi parte que no mezcle sus cosas con un hombre tan malvado; que de otra manera podrá temer la venganza de Dios y nuestra indignacion, que en la tierra tenemos sus vices.»

Esta respuesta tuvo dudoso y suspenso el ánimo del rey de Aragon; pero prevaleció el provecho y útil contra lo que fuera razon y ho-



nesto. Hiciéronse los desposorios en Montpellier en la iglesia de Santa María el año mil doscientos sesenta y dos con toda muestra de alegría, juegos y regocijos. De allí, vuelto el rey á Barcelona, á veintiuno del mes de Agosto, dividió entre sus hijos sus reinos y estados en esta forma. Cataluña, desde el cabo de Creus (que los antiguos llamaban promontorio de Venus) y todo Aragon y Valencia, se adjudicó á D. Pedro, su hijo; á D. Jaime lo de Ruysellon, lo de Cerdania, Colibre, Confluencia, Valespira, á tal que por las dichas ciudades fuese sujeto al rey de Aragon, y le hiciese homenaje: demas de esto, que todas ellas se gobernasen por las leyes de Cataluña, y no pudiesen en particular y por su autoridad batir moneda. Demas desto, le dió á Mallorca con título de rey, y á Montpellier en la Francia. Por esta manera puso el padre en paz á los dos hermanos que comenzaban á tener diferencias sobre la sucesion y juntamente alborotarse. Los grandes, divididos en bandos, sin cuidado ninguno de hacer el deber, ántes con deseo cada cual de adelantarse y mejorar sus haciendas, avivaban el fuego y la llama de la discordia entre aquellos dos principes mozos y hermanos.

Entre tanto que estas cosas se hacian en España, una nueva guerra muy grave, y la mayor de todas las pasadas, parecia de presente amenazarla, á causa de un nuevo imperio que se fundó estos años en África. Vencidos los almohades y muertos, el linaje de los merinos levantaba por las armas y despertaba el antiguo esfuerzo de su nacion, que parecia estar abatido y flaco por la flojedad de los reyes pasados. Trataban otrosí de pasar la guerra en España con esperanza cierta de reparar en ella la antigua gloria y el imperio de su nacion, que casi estaba acabado. Despues que Mahomad, por sobrenombre el Verde, fué por las armas de los cristianos vencido en las Navas de Tolosa, y despues que murió de su enfermedad, sucedió en su lugar Arrasio, su nieto, hijo de Bussafo, que finó en vida del rey su padre, en tiempo que el imperio de los almohades se extendia en África desde el mar Atlántico, que es el Océano, hasta la provincia de Egipto.

Pusieron por gobernador de Tremecen, ciudad puesta á las marinas del mar Mediterráneo, en nombre del nuevo rey, un moro llamado Gomaranza, del linaje de los moros abdalveses, muy noble y poderoso en aquellas partes. Éste, por hacer poco caso de su rey, ó por fiarse mucho de sus fuerzas, fué el primero que se determinó de empuñar las armas contra él. Arrasio acudió con su ejército á aquellas alteraciones, pero fué muerto á traicion: ningunas asechanzas hay más perjudiciales que las que se arman debajo de muestra de amistad; un pariente de Gomaranza, que salió del castillo con muestra de dar aviso al rey de lo que pasaba, fué el que le dió la muerte, y el ejecutor de tan grave maldad.

Muerto el rey, las gentes que le seguian fueron vencidas y desbaratadas con una salida que el traidor levantado hizo del castillo Tremesessir, en que el rey le tenía cercado. Los que escaparon de la matanza se recogieron á Fez, que caia cerca de aquella parte de África que se llama el Algarve, que es lo mismo que tierra llana. Recogió y acaudilló estas gentes Bucar Merino, gobernador que era de Fez, confiado y deseoso de vengar á su señor: con que en una nueva batalla deshizo á los traidores, y en premio de su trabajo, y porque no pareciese hacia la guerra con su riesgo y en provecho de otro, se determinó mudar el nombre de gobernador en apellido de rey, y apoderarse para sí y para sus descendientes, como lo hizo, del imperio de África. Por esta manera, no vengada la traicion, sino trocado el traidor, Bucar Merino se hizo fundador de un nuevo imperio en África; porque Almorcanda, que era del linaje de los almohades, y en Marruecos sucediera en lugar de Arrasio, como saliese en busca de Bucar, fué vencido en una batalla cerca de un pueblo llamado Merquenosa, que está una jornada de la ciudad de Fez. Resultó que de un imperio en África se hicieron dos, que duraron por algunt tiempo, el de Marruecos y el de Fez. Á Bucar sucedió su hijo Hiaya. Por muerte de éste, que falleció en su pequeña edad, su tio Jacob Aben-Juzeph, que gobernaba el reino en su nombre, hombre de gran ingenio y de gran experiencia en las armas, no sólo quedó por señor de lo de



Fez, sino con facilidad increíble ganó para su familia y descendientes el imperio de Marruecos y casi de toda la África.

Ninguna nacion hay en el mundo más mudable que la africana, que es la causa por que ningun imperio ni estado puede entre aquella gente durar largo tiempo. Budebusio, que era del linaje de los almohades, moro de grande poder, por estar sentido que Almorcanda le hobiese sido preferido para ser rey de Marruecos (que no era más pariente que él, ni tenía deudo más cercano con los reyes almohades difuntos), se determinó probar ventura si podia salir con aquel imperio; y como le faltasen las demas ayudas, acudió á Jacob, rey de Fez. Prometióle, si le ayudaba, más tierras de las que tenía, y en particular todo lo que hay desde tierra de Fez hasta el rio Nadabo. No era de desechar este partido, en especial que se ofrecia ocasion por la discordia de los almohades de apoderarse él de todo el imperio de África, bastante motivo para intentar la nueva guerra; así que, juntadas sus gentes, marcharon contra el enemigo. Almorcanda, que no estaba bien arraigado en el imperio, ni tenía fuerzas bastantes, desamparada la ciudad de Marruecos, dejó tambien el reino á su contrario. Con esta victoria apoderado de aquel estado, no quiso pasar por lo que concertó con Jacob, aunque muchas veces le hizo sobre ello instancia; y ordinariamente los que en el peligro se mues-

tran más humildes, en la prosperidad usan de mayor ingratitud, en tanto grado, que el nuevo rey Budebusio daba muestra de querer acometer con las armas la ciudad de Fez.

Por esta manera una nueva guerra se despertó y se hizo por espacio de tres años. El pago de quebrantar la palabra fué que Jacob, ganado que hobo una victoria de su enemigo y contrario, se apoderó de Marruecos; despues desto, como quier que todo le sucediese prósperamente, quedó por rey de toda África, sacadas dos ciudades, la de Tremecen y la de Túnez. En aquella revuelta dos señores del linaje y secta de los almohades las tomaron y con las fuerzas de su parcialidad, y por caer léjos, así ellos como sus descendientes las defendieron con nombre de reyes, bien que de poco poder y fuerzas. Deste linaje, sin que faltase la línea, descendió Muleasse, rey de Túnez, aquel que pocos años há echado de su reino, si con justicia ó sin ella no hay para qué tratallo aquí, pero ahuyentado, y que andaba desterrado sin causa y sin ayuda, el emperador Carlos V con las armas y poder de España le restituyó en el reino de sus padres despues que echó de Túnez con una presteza admirable á Aradieno Barbaroja, gran corsario, por merced de Soliman, emperador de los turcos, y en su nombre señor de aquella ciudad y reino; ocasion, á lo que parecia, para hacer que toda África volviese al señorío de cristianos.

## CAPÍTULO X

**El rey de Granada y el de Murcia se confederan para hacer guerra á D. Alonso, el cual pide socorros al rey de Aragon, que no se los concede ni se los niega, lo que le irrita en tanto grado, que trata de hacerle guerra.—Los moros se apoderan de muchos pueblos en Murcia y Andalucía.—Garcí Gomez defiende la fortaleza de Jerez con un valor heroico.—Se hacen á la vela desde Barcelona y sufren una recia tempestad, que los arroja á las costas de Francia.—Se celebran en Búrgos con la mayor solemnidad las bodas del principe D. Fernando con la infanta de Francia doña Blanca.—Los ingleses y franceses resuelven pasar á la conquista de la Tierra Santa.—San Luis con sus tres hijos se hace á la vela desde Marsella, desembarca en Túnez y vence en dos batallas á los moros.—Se introduce la peste en el ejército, muere el santo y su hijo Juan, y hecho concierto con los moros, se retiran.**

Estos eran los linajes de los moros que estaban apoderados de África. En España Mahomad Alhamar era rey de Granada; de Murcia Hudiel: pequeñas sus fuerzas, y muy menoscabada la majestad de su Estado, y el uno y el otro eran tributarios de D. Alonso, rey de Castilla. Éstos, cansados de la amistad de los nuestros, y con esperanza del socorro de África, á causa que el nombre de Jacob, rey de Marruecos, comenzaba á cobrar gran fama, trataron entre sí de levantarse. Los que poco ántes eran competidores y enemigos muy grandes, al presente se confederaron é hicieron alianza, como suele acontecer que muchas veces grandes enemistades, con deseo de hacer mal á otros, se truecan en benevolencia y amor: quejábanse de los agravios que se les hacian, de los tributos muy graves que pagaban, de la miseria de su nacion; que se hallaban reducidos á grande estrechura y á un rincon de España los que poco ántes eran espantosos y bienaventurados; que no les quedaba sino el nombre de reyes, vano y sin reputacion; miserable estado, servidum-

bre intolerable estar sujetos á las leyes de aquellos á quien ántes las daban; además que cuidaban no pararian los cristianos hasta tanto que con el odio que los tenían echasen de España las reliquias que de su gente quedaban: menguado y envejecido el esfuerzo con que sus antepasados vinieron á España, lo que ellos ganaron no lo podian sustentar sus descendientes: falta y afrenta notable. Concluian que el linaje de los Merinos nuevamente se despertára en África, y allí prevalectian: que sería á propósito haellos pasar en España, pues ellos solos podian dar remedio y reparar sus pérdidas y trabajos. Trataban estas cosas en secreto y por embajadores, porque si el negocio fuese descubierto, no les acarrease su perdicion, por no estar aún apercebidos de fuerzas bastantes.

El rey D. Alonso, ó por no ignorar estas prácticas é intentos, ó con deseo de desarraigar los moros de todo punto de España, de dia y de noche pensaba cómo volveria á la guerra contra ellos. Pretendia con las armas en el Andalucía sujetar algunas ciudades y castillos